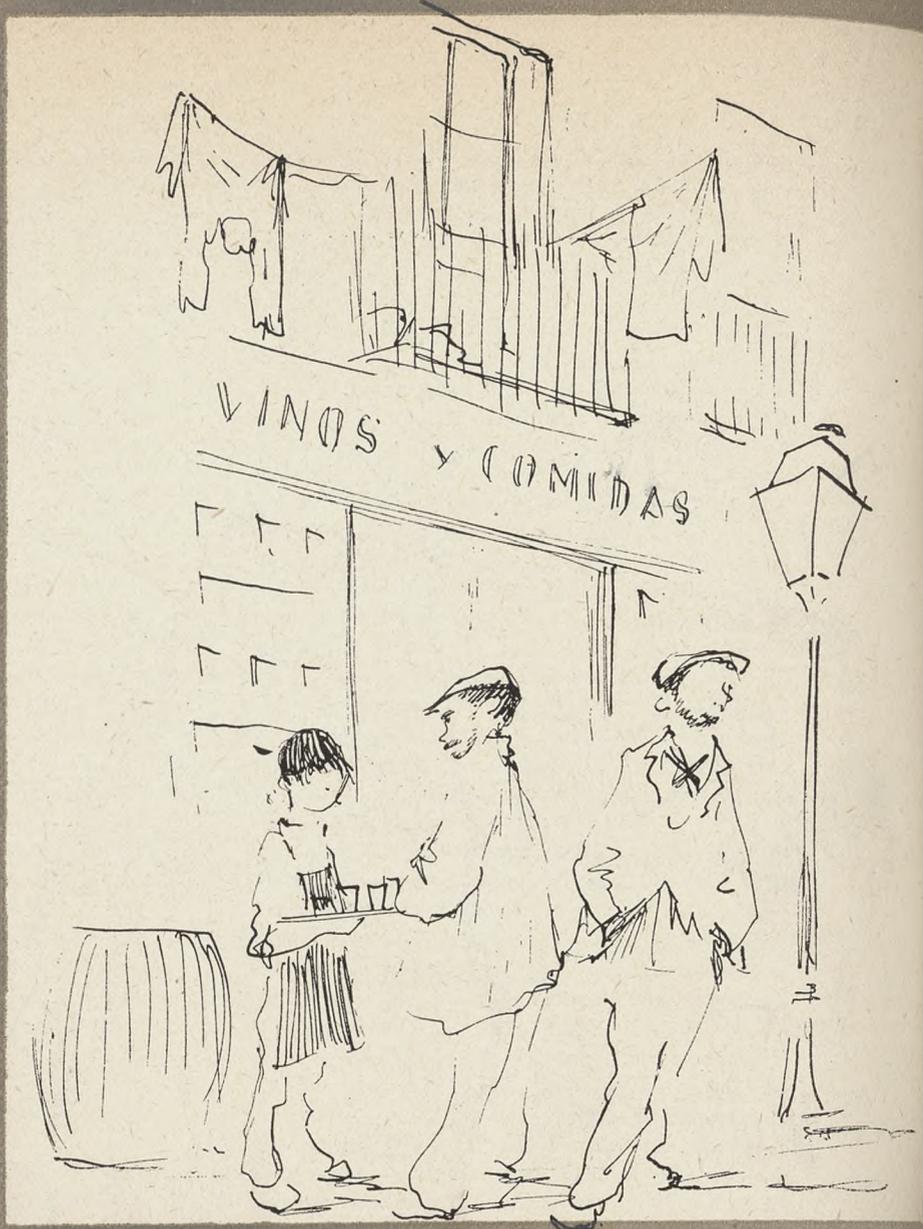




DIEZ VISIONES MADRILEÑAS DE EDUARDO VICENTE

QUIZÁ en la pintura española del siglo—o de siempre, tras Velázquez y Goya—no ha habido una visión de Madrid tan peculiar, tan personalísima, como la de Eduardo Vicente. Hacemos exclusión, naturalmente, de las visiones saineteras—a las que se entregaron otros dibujantes y pintores—, para referirnos a una indiscutible calidad

artística incluso cuando todo parece esbozo y cuando los elementos son limitadísimos o quedan reducidos prodigiosamente. Porque el arte de Eduardo Vicente está precisamente en el prodigio de su sencillez y en la conservación de una línea temática por la que discurre de un modo insuperable. (Continúa en la página 36.)







Quizá por esto, su arte es tan identificable y quizá, por esto, resulta imposible igualarle en la captación de motivos madrileños, sobre todo cuando apuntan al Madrid de las barriadas.

La pintura y el dibujo de este artista madrileño se desarrollan siempre al través de una intención poética que eleva la más simple y triste escena callejera a categoría intelectual. Hay poesía en todas las perspectivas urbanas o tipológicas de E. V., aun cuando su retina se plante ante motivos aparentemente alejados de toda posibilidad artística. La

gracia, el «ángel» de este pintor madrileño, está, de un modo preciso y definitivo, dentro de la persistencia de su línea temática, en esta aptitud poética y en la referida sencillez y simplicidad de sus elementos, que a veces—y esto puede ser puro espejismo, o confusión mnemotécnica—se nos aparecen como repetidos.

Dentro de la poesía, que lo envuelve todo en sus cuadros o apuntes, a E. V. se le escapa siempre una fina ironía, un humor tierno, humano, palpitante, que impregna cariñosamente a sus tipos...